





Capítulo 89 ¿Abuelos?

Exedra abrió el pecho de su padre y dejó al descubierto su corazón.

Con todos los pecados observando, en lugar de sacarlo entero, tomó su cuchillo, cortó un trozo y se lo comió.

Beelzebub: "¡No tenemos tiempo para que te lo comas a tu antojo!"

Belphegor: "Cómelo rápido para que podáis ir todos."

Leviatán: "Dame un trozo."

Desafortunadamente, Exedra ya no podía escuchar a ninguno de ellos.

Tan pronto como la carne tocó su lengua, el alma del dragón se rompió inmediatamente.

100 años.

Si le preguntaras a Exedra cuánto tiempo sintió que gritaba fuera de su cuerpo, esa sería su respuesta.

Cuando su alma se hizo añicos, inmediatamente se vio envuelto en el dolor más insoportable imaginable.

Parecía no tener fin y su mente hacía tiempo que se derrumbó por la carga.

Al final, mientras su alma parecía que se convertiría en polvo en el vacío, ni siquiera tuvo la presencia de ánimo para despedirse de sus seres queridos o profesar sus más sinceras disculpas.

"Mi dulce nieto... déjame ayudarte ¿de acuerdo?"

Exedra sintió que poco a poco su conciencia volvía a recuperarse.

Si bien el proceso fue doloroso, no le causó tanta incomodidad como cuando le rompieron el alma originalmente.

Parecía que pasaban las horas, mientras su alma se recomponía poco a poco, pieza por pieza.







De repente, un calor comenzó a extenderse a través de él y todo el dolor que sentía desapareció como si fuera un sueño.

Se sintió como si alguna fuerza externa lo estuviera arrastrando hacia algún lugar y cuando su entorno cambió, se encontró en una sala del trono, frente a un hombre pelirrojo desnudo y cinco mujeres.

No podía ver sus caras ni tampoco notar ningún detalle de su entorno.

Intentó hablar y preguntarles dónde estaba, pero fue en vano.

Una de las mujeres bajó de los escalones del trono y caminó hacia su alma flotante.

Ella lo tomó con cuidado en sus manos y lo acercó a su cara.

"Tengo un nieto muy travieso. Deberías saber que no debes intentar burlar las reglas que los dioses han establecido".

-Pero eso no me desagrada -dijo una voz masculina.

El hombre pelirrojo se levantó lentamente del trono y Exedra jadeó cuando vio sus alas.

Realmente no se parecían a nada que hubiera visto antes.

A diferencia de las alas blancas de un ángel o las negras de un demonio, las de este hombre eran brillantemente vibrantes y no podía distinguir de qué color eran.

En un momento se veían rojas, al siguiente de un cian brillante y luego de un dorado ilustre.

Estaba tan cautivado por el hombre que tenía frente a él, que ni siquiera se dio cuenta de que la mujer que lo sostenía ahora lo sostenía como si fuera una ofrenda.

El hombre alado lo tomó en su mano y lo miró con curiosidad.

"¡Qué extraño batiburrillo eres!"

"¡Sigue siendo nuestro nieto!", protestó la mujer.

"Por supuesto que lo es, querida mía, no quise decir lo contrario."

"Hmph, siempre y cuando estés al tanto, marido".

El hombre rió entre dientes, antes de volver su atención al alma parpadeante en su palma.







"Un humano que no pertenece a este mundo... un príncipe de los dragones y un futuro líder de los demonios... ¿Ah, sí? Parece que incluso has recibido la bendición del viejo Maliketh. Tienes un potencial ilimitado".

Exedra tuvo la misma sensación de este ser que cuando fue bendecido por Maliketh.

No podía ocultar nada.

Su vida, su muerte, sus esperanzas, sus sueños, sus penas, sus alegrías.

Todos se sintieron como si se revelaran en plena exhibición y él no podía hacer nada más que esperar hasta que el ser encontrara lo que estaba buscando.

"¿Ah, sí? Recibir ayuda de un dios de la destrucción y la creación también, ¿eh?"

"¡¿Qué?!" Igrat se alertó de inmediato.

"¿Qué querría uno de esos molestos dioses con mi dulce bebé?"

El hombre luchó contra el impulso de reír cuando escuchó la forma en que su esposa se refería a su nieto.

"Tu dulce bebé es responsable de la muerte de una ciudad entera".

—¿Y que? —Igrat inclinó la cabeza como si realmente no entendiera dónde estaba el problema.

"Olvidé con quién estaba hablando."

El hombre se rió entre dientes antes de regresar al alma de Exedra.

"No parece que Yaldabaoth quisiera hacerle daño, más bien lo sacó de su antiguo mundo para un propósito mayor".

- "No me importa eso, ¡sólo quiero que se mantenga alejada de este dulce chico!"

"Una vez más, él-"

"¡No me importa!"

El hombre asintió antes de examinar el alma de Exedra una vez más. "Tu potencial es uno de los más aterradores que he visto. Por qué







mamá permite que alguien como tú entre en su mundo es algo que nunca entenderé".

El hombre sonrió y Exedra apenas pudo distinguir sus ojos que brillaban de un rojo intenso. "Como ella no tiene intención de interferir, divirtámonos un poco con esto, ¿de acuerdo?"

El hombre extendió su otra mano y apareció un orbe negro con un símbolo púrpura.

"Esto es lo que quieres ¿verdad?"

Exedra intentó gritar que sí, pero fue en vano, por suerte parecía que este hombre lo entendía de todos modos.

"Pero esto es... tan aburrido". El hombre chasqueó los dientes con frustración.

"Estuvo bien cuando se lo di a mis hijos originalmente, pero siento que ha perdido un poco su brillo a través de los siglos.

"¡Ah!"

La mujer de repente dejó escapar un grito de emoción cuando se le ocurrió una idea horrible.

"¿Qué pasaría si lo combinamos con el Rabisu?"

Las orejas del hombre se movieron y miró a su esposa como si fuera un genio.

—¡Oye! ¡Nunca más te haré nada, perra desagradecida! —gritó una de las mujeres desde el lado del trono.

"¡Te lo compensaré, Lilith, te lo prometo!" Igrat le dirigió una sonrisa impotente.

"Hmph." Fue su única respuesta antes de darse la vuelta.

"Pero no podemos darle un ejército tan poderoso, porque sin duda destruiría el equilibrio", razonó el hombre.

"¿Mantendré el 95% de su poder aquí y le daré potencial para crecer?" Igrat miró al hombre como si fuera obvio.

"¡Ja! Una solución obvia, en verdad".

Igrat sacó su propia bola negra con un símbolo de aspecto mucho más irregular y demoníaco y se acercó a su marido.







